

bergantin francés, se presentaron á su capitán, y le dijeron, que si no quería seguir los consejos del capitán del *Admiral*, dejarían la *Josefina*. El capitán Bureau los despidió brutalmente; y ellos entonces subieron sus cofres al puente para desembarcar en el acto. Viéndolos el capitán tan decididos, cogió un par de pistolas, y amenazó levantar la tapa de los sesos al primero que tratara de evadirse. Los dos americanos permanecieron tranquilos hasta la noche, en que á favor de la oscuridad, se salvaron á nado, y tomaron tierra en la isla de Pao. Al día siguiente, muy temprano, se embarcaron en la piragua de uno de los gefes de Pao, llamado Mara, y se dirigieron á Lebouka, á donde llegaron á las diez de la mañana. En aquel mismo día á las cuatro de la tarde fué asesinado el capitán Bureau.

«Viendo Nakalassé que el bergantin *Josefina* estaba á punto de partir, resolvió poner en ejecucion el proyecto que habia meditado, es decir, matar al capitán y á la tripulacion de la *Josefina* y apoderarse del buque. No atreviéndose á cometer por sí mismo este asesinato, encomendó su ejecucion á su sobrino Frank; pero éste no quiso acceder á la proposicion de su tío, diciendo, que amaba demasiado al capitán francés, y que jamás le haria el menor daño, obstinándose tanto en su negativa, que irritado con ella Nakalassé, mandó ahorcarle con un pedazo de cable; el desgraciado, no pudiendo resistir el tormento de la estrangulacion, consintió al fin en ejecutar la orden de su tío.

«Cuando Nakalassé vió á su sobrino dispuesto á obedecerle, le dijo: «Ahora mismo pasa á bordo del buque francés con tres de mis guerreros, y dirás al capitán que coja su antejo de larga vista para ver su canoa encallada allá en un arrecife: cuando se ponga á mirar por el antejo, le matarás, así como á toda su gente.»

«Frank se embarcó en una piragua con sus tres cómplices armados de sus macanas, y se dirigieron á bordo de la *Josefina*; al subir sobre cubierta, saludó Frank muy afectuosamente al capitán, y le dijo, que su canoa habia sido arrojada á un arre-

cifé, indicándole el parage. Mr. Bureau cogió su antejo, y en el momento en que lo dirigia hácia la embarcacion, se echaron sobre él los asesinos, y á fuerza de golpes lo dejaron muerto á sus pies. Quedaban todavia á bordo el maestre, el contramaestre José, y el cocinero; los dos primeros sufrieron la misma suerte que su capitan, y el tercero logró salvarse ocultándose en la cueva.

«Los tres cadáveres fueron arrojados al mar; el cuerpo del capitan, impelido por las olas, fué á parar á la playa de la isla de Viti-Levou, donde lo recogieron los habitantes, lo asaron y se lo comieron.

«Cuando Frank concluyó su carnicería, izó un pabellon, á cuya señal todos los naturales de Piva, pasaron á bordo de la *Josefina*, y lo saquearon completamente, llevándose cada uno lo que pudo ó quiso: en seguida aparejaron el bergantin y lo llevaron delante de la isla Lebouka á fin de recoger á todos los blancos que se hallaban en dicha isla, y obligarles á maniobrar en el buque. Habiendo conocido David Wippy la intencion de los asesinos del capitan Bureau, aconsejó á sus compañeros que no accediesen á la invitacion de Frank y de sus cómplices, aunque quisieran obligarlos á la fuerza, pues temia hallarse comprometido en aquel negocio. Viendo Frank que los blancos de Lebouka no querian pasar á bordo del bergantin, volvió á llevarlo á Piva, y desde alli, habiéndose embarcado Nakalassé, hizo rumbo hácia Pao, cañoneó al pueblo, y mató á muchos habitantes. Conociendo que el bergantin no podia prestarle ya grande utilidad, mandó desembarcar á toda la gente que iba á su bordo, y aprovechando la marea alta, condujo el buque á Reva, y lo echó á pique.»

Resulta, pues, de la precedente relacion que el honor del pabellon francés y la seguridad del comercio en general reclamaban un castigo terrible en aquellas islas. Mr. Dumont d'Urville se encargó de este castigo. He aqui de qué modo lo llevó á cabo. Al llegar á la vista de Piva, envió fuerzas suficien-

tes para apoderarse de Nakalassé y pegar fuego al pueblo. Pero dejemos hablar al mismo comandante de aquella expedición, Mr. Dubouzet, que al volver á bordo dió cuenta de ella á Mr. d'Urville en los siguientes términos:

«Cumpliendo las instrucciones que me dísteis ayer; partí esta mañana á bordo de dos lanchas armadas en guerra con un destacamento de treinta y dos marineros y algunos oficiales, para incendiar el pueblo de la isla de Piva, situado á tres millas Oeste de nuestro fondeadero. Un momento despues, se reunieron á nosotros tres embarcaciones del Astrolabio, llevando á su bordo la compañía de desembarco á las órdenes del teniente de navío Roquemauvel; tomé á mi bordo al gefe Tonga Latchika, que debía servirnos de piloto, é hicimos rumbo inmediatamente para nuestro destino. Al amanecer llegamos á tierra, y despues de haber hecho desembarcar los dos destacamentos, dejé las canoas, surtas en línea, al cargo de los señores de Flotte y Lafont, alumnos de primera clase, á quienes previne que las tuviesen siempre á nado y se dispusieran á proteger nuestro desembarque con el fuego de las carabinas. Aunque nadie se presentó en la playa para oponerse á nuestra marcha, íbamos formados en batalla, preparados á disparar contra el primero que se presentára, porque el gefe Latchika que llevaba á mi lado, esperando ser atacado, no cesaba de recomendarme que estuviésemos dispuestos á sostener el choque del enemigo, que seria precedido de gritos y aullidos. Destaqué entonces dos hombres de cada seccion para que fuesen á incendiar las casas mas próximas á nosotros; en un instante fueron presa de las llamas, y como nadie se presentó, se pegó fuego sucesivamente á unas veinte casas mas, para cuya operacion bastó un cuarto de hora. El gefe Latchika nos enseñó la hermosa casa de Nakalassé, á la que aun no habia llegado, y que tenia él grandes deseos de quemar; pero para no ser envueltos en el humo, mandé al alférez de navío Mr. Montravel que prendiera primeramente fuego á la casa llamada de los Espíritus, situa-

da en la cumbre del cabo, y todas las que estuviesen comprendidas desde el Oeste al Este, de donde soplabá el viento, dejando para el último momento las mas próximas á la playa, que hice custodiar por un destacamento de quince hombres. Luego que el pueblo quedó reducido á cenizas, que segun mi cálculo se componia de sesenta casas, nos retiramos á nuestras embarcaciones. No estábamos todavía á media milla de distancia, cuando vimos á los habitantes dirigirse á sus casas abrasadas, que no habian tenido valor de defender. De esta manera feliz concluyó la mision que nos habiais confiado; no encontramos ninguna resistencia, siendo digna de todo elogio la sumision de los marineros que fueron bajo mis órdenes; todos marcharon constantemente unidos, y ejecutaron puntualmente su consigna, y los dos destacamentos, obedientes á la voz de sus gefes, contribuyeron con el mismo celo al logro de la empresa.»

## XXVI.

### NAUFRAGIO DEL CAPITAL BONTIKOÉ EN EL MAR DE LA INDIA.

Isbrantz Bontikoé, nombrado por la compañía holandesa de las Indias Orientales, capitan del navío la *Nueva-Horn*, pasó en 1618 á las Indias, para asuntos del comercio. Este buque, tripulado por doscientos seis marineros, se hallaba á la altura del estrecho de la Sonda, cuando el comandante que estaba sobre el puente oyó gritar *¡fuego! ¡fuego!* Bajó corriendo á la bodega; pero no vió ningun indicio de incendio: preguntó entonces donde habia fuego, y algunos marineros le dijeron que habiendo bajado un grumete para sacar aguardiente habia dejado la luz encima de un tonel, y que al destaparlo



Mandé pegar fuego del Oeste al Este, por donJe soplaba el viento....







Empújame ese pedazo, yo me pondré encima y le haré flotar hácia donde  
tú estás para que nos sirva á los dos.



habia caido por el agujero una chispa , la cual habia inflama- do el aguardiente, y desfondado el barril habia corrido aquel hasta el carbon de fragua. El comandante dispuso entonces que se echaran muchos valdes de agua sobre el carbon ; pero á pesar de esta medida de precaucion , el incendio no tardó en declararase en toda la bodega, cundiendo á los pocos minutos por todo el buque. Renunciamos á describir la escena de horror y desolacion que durante algunos minutos , pasó á bordo de la fragata Nueva-Horn. Los que no perecieron abrasados por las llamas ó ahogados por el humo , volaron con los restos del buque en su última esplosion. Salváronse sin embargo , el capitán y algunos marineros ; estos en las lanchas del navío y aquel milagrosamente á nado y asiéndose de uno de los mástiles del buque. Pero oigamos su propia relacion:

«Por lo que hace á mí , esperaba perecer como todos mis compañeros ; estendí los brazos y las manos hácia el cielo y grite: ¡Dios mio , misericordia! La tuvo al fin de mí , porque de los aires caí en el agua entre los fragmentos del buque. En esta situacion se reanimó tan vivamente mi valor , que creí ser otro hombre ; mirando al rededor vi á un lado el palo mayor , y al otro el de mesana. Me subí sobre el palo mayor , y desde alli observé todos los tristes objetos que me rodeaban.

«Por espacio de algunos minutos no vi á hombre alguno. Sin embargo , cuando mas abismado estaba en mis tristes reflexiones , vi aparecer en el agua un jóven nadando con pies y manos. Agarró los adornos de la proa que flotaban sobre el agua , y dijo : ¡ *Todavía estoy vivo!* Aquel jóven se llamaba Harman-van-Kniphsen , natural de Eyder. Vi flotar cerca de él un mástil pequeño , y como el grande en que yo estaba no cesaba de rodar , cosa que me causaba mucha fatiga , le grité: *Empújame ese fragmento , me pondré encima y lo haré flotar hácia donde tú estás para que nos sirva á los dos.*

«El jóven hizo lo que le mandé , y confieso que de otro modo me hubiera sido imposible reunirme con él , porque de re-

sultas de la caída tenía la espalda lastimada, y herida en dos sitios la cabeza. Estos males, de que no me había apercibido al principio, empezaron á molestarme con tanta fuerza, que creí cesar repentinamente de ver y oír. Estábamos muy junto el uno al otro, y no dejábamos de mirar á todas partes con la esperanza de descubrir algunas de las lanchas. Al fin las descubrimos, pero muy lejos. El sol estaba ya en su ocaso, y dije á mi compañero de infortunio:

«¡Se acabó toda esperanza! Es muy tarde y no podemos sostenernos en esta situación toda la noche. Elevemos nuestros corazones á Dios, y pidámosle nuestra salvación con una resignación absoluta á su voluntad.»

«Pusímonos á orar, y obtuvimos la gracia que pedíamos, pues apenas acabamos de dirigir nuestros votos al cielo, cuando alzando los ojos vimos las lanchas cerca de nosotros: ¡qué alegría para unos desgraciados que se consideraban ya próximos á la muerte! Empecé al punto á gritar: «¡Socorred, socorred al capitán!» Algunos marineros que me oyeron se pusieron también por su parte á dar voces: «Muchachos, decían, aquí está el capitán, salvémosle.» Acercáronse; pero no se atrevieron á avanzar mucho, temerosos de ir á chocar contra los grandes trozos de madera que el mar agitaba. Harman, que estaba menos herido que yo, se sintió con fuerzas para echarse á nado, y se dirigió á una de las lanchas. Yo entre tanto gritaba: «Si queréis salvarme la vida, es menester que vengáis á donde yo estoy, porque no tengo fuerza para nadar.»

Echaron entonces al agua la bocina con un pedazo de cable, y atándomelo á la cintura, pude por este medio llegar felizmente á bordo. Bogamos toda la noche con la esperanza de descubrir tierra al salir el sol, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles. Al rayar el día nos convencimos de que estábamos tan distantes de la tierra como de los restos del buque. «Capitán, me dijeron entonces los marineros ¿qué va á ser de nosotros? No se vé tierra y estamos sin víveres y sin brújula.»

«En tan apurado trance, mi única esperanza era seguir bogando á la ventura, por si la Providencia nos deparaba alguna isla ó embarcacion donde poder refugiarnos y hallar alimento. Exhorté á los marineros á que se despojasen de sus camisas para hacer velas con ellas; yo quise dar el ejemplo, pero todo el mundo se opuso en favor de mi situacion. La tripulacion de la otra lancha, apenas vió nuestro improvisado velámen, hizo lo mismo; pero por mas que navegábamos, no descubrimos tierra, y el hambre nos acosaba ya demasiado. ¡Acaso á mis súplicas y exhortaciones se debió que algunos marineros no llevaran á cabo el horrible y desesperado proyecto que ya habian concebido de devorar á los mas jóvenes de la tripulacion! En fin, el 2 de diciembre, á los trece dias de nuestro naufragio, descubrimos tierra, y haciendo fuerza de vela, logramos arribar á ella al cabo de algunas horas. Apenas senté el pie en la arena, me arrodillé, la besé y dí gracias al cielo por el favor que nos dispensaba. La isla abundaba en cocoteros; pero no pudimos hallar agua dulce; asi es que bebimos con avidéz la que contenia el coco, comiéndonos despues la carne de esta fruta. La leche del coco nos pareció deliciosa, y nos hubiera sentado bien, si la hubiéramos bebido con moderacion; pero como todos nos escedimos, no hubo uno que no sintiera fuertes dolores de vientre, que nos obligaron á tirarnos sobre la arena, y á revolcarnos como desesperados: aquel calor húmedo templó nuestros dolores.»

Como lo que resta de la relacion del capitan Bontikoé ofrece menos interés, la interrumpimos, aunque supliendo la falta con un resúmen sucinto de sus posteriores acontecimientos.

Viendo los náufragos que aquella isla les ofrecia pocos recursos, pues no pudieron hallar habitacion ninguna, resolvieron dejarla, lo que verificaron despues de haber llenado las lanchas de cocos, dirigiendo el rumbo á la isla de Sumatra. Llegaron felizmente á esta isla, pero su estancia en ella no pasó de veinte y cuatro horas, á causa de la encarnizada perse-

cucion que les hicieron los naturales. Por espacio de muchos dias bogaron hácia el Sudoeste, manteniéndose de ostras y diferentes conchas terrestres ó marítimas, que recogian en varios puntos de la costa Oeste de Sumatra. Una noche descubrieron una luz; al principio creyeron que seria de algun buque; pero aproximándose, reconocieron que salia de una pequeña isla del estrecho de la Sonda. Al dia siguiente, se hallaron á la vista de Java, y de gran número de buques. Eran veinte y tres, todos holandeses, y los mandaba Federico Houtman de Alcaaar. Admirado éste de la singularidad de las velas que llevaban los náufragos, y deseoso de que le esplicasen aquel espectáculo tan nuevo, envió su lancha, encargando á la gente que la tripulaba que averiguase quiénes eran los que de aquel modo tan inusitado navegaban. Para dicha mayor de los náufragos, los marineros del buque holandés conocieron á varios de ellos, por haber navegado juntos en otra época. Recogiendo en su lancha á todos los náufragos, los condujeron á bordo del navío almirante, que se llamaba la Virgen de Dordrecht, donde repararon sus fuerzas con un opíparo banquete que les dió el comandante.

## XXVII.

ARAUCANOS.—ESCURSION DE MR. BARDEL, VICE-CÓNSUL DE FRANCIA  
EN CONCEPCION DE CHILE.

En el viage que para asuntos de su consulado hizo Mr. Bardel á Arauco, tuvo ocasion de observar no solo sus usos y costumbres, sino muchas de sus mas raras ceremonias. Entre estas ocupa un lugar preferente la de sus asambleas, principalmente cuando estas se verifican para celebrar algun tratado de paz ó asegurar el cumplimiento de los ya existentes.

«Cuando los indios se reunen en asamblea, dice Mr. Bar-  
del, son muy circunspectos. Nadie se atreveria á interrumpir  
al orador, y éste se cree en la obligacion de hablar muy de  
prisa y por mucho tiempo.

«En una de estas reuniones que yo presencié, el cacique  
Couraumilla, palabra que significa oro negro, tomó por tres  
veces la palabra, y en cada una de ella terminó con una fórmu-  
la que queria decir: ¿Digo bien, hombres poderosos? Los prin-  
cipales puntos de sus tres discursos, fueron su viage á lo inte-  
rior, su regreso, la reunion de los caciques, y en fin, el de-  
seo de la paz y las protestas de buena fé.

«Estos indios son muy amigos de la etiqueta, y creo que  
sobre este punto pueden apostárselas á los mas estirados baro-  
nes alemanes. Nada perdonan cuando se trata de las ceremo-  
nias de sus asambleas. Son intrépidos oradores, quiero decir,  
que hablan mucho y pronto; pero como su lengua es muy po-  
bre, repiten á cada momento una misma cosa. Son minuciosos  
y pesados en sus narraciones, especialmente cuando hablan de  
los incidentes de sus viages. Para sus cumplimientos de eti-  
queta, tienen una fórmula comun. Jamás un indio, aunque  
sea cacique, se aproxima á un superior para saludarle sin pe-  
dirle antes la venia por medio de otra persona de mas edad ó  
mas elevada en gerarquía.

«En la asamblea á que yo asistí, se presentaron dos caciques  
diciendo que deseaban aprovechar aquella reunion para ser re-  
conocidos como gobernadores de sus distritos respectivos, en  
atencion á haber heredado esta dignidad de sus padres; por  
donde se ve que entre los salvages hay tambien el derecho de  
heredad. Verificada la instalacion de estos altos empleados, pre-  
sentaron otra peticion reducida á que el gobierno les nombrase  
mayor número de capitanes *amigos*.

«Estos oficiales equivalen á los que en los Estados-Unidos  
se llaman *indianis-agents*, y sirven de intérpretes, mediadores  
y agentes con los indios, pues estos no harian ningun caso de

órdenes y avisos que les fuesen comunicados por otros en nombre del gobierno. Este empleo se confiere á los chileños que conocen el pais y hablan la lengua india. Disfrutan de un sueldo muy escaso; pero en cambio tienen la ventaja de hacer casi esclusivamente el comercio con los indios. Las inmunidades del derecho de gentes son observadas estrictamente con ellos, y no hay ejemplo de que ninguno haya sido asesinado ó robado en el curso de su mision, ni aun en sus asuntos particulares. Los capitanes amigos son cuatro, ademas del comisario general, y por consiguiente consideraban los caciques como justo motivo ser muy conveniente aumentar su número para bien del servicio. Pero por esta vez el intendente eludió la cuestion diciéndoles que tenia que consultar á la necesidad suprema. La sesion concluyo con el siguiente convenio:

«Todos prometieron mantener la paz y respetar el territorio chileno. Tres caciques debian pasar á los Motolas, cerca del cacique Anal, para obligar á Monguil (4) á cumplir con sus deberes y llevarlo á Concepcion, donde trataria con el gobierno.

«En fin, para asegurar la armonía y la paz, se plantaria una cruz en el lugar mismo de las conferencias, á fin de que las palabras quedasen enterradas en el mismo sitio donde se habian pronunciado.

«He aqui de qué manera se verificó esta estraña ceremonia. A las diez de la mañana estaban todas las tropas sobre las armas, y el cura revestido con sus insignias sacerdotales; repicaban las campanas y se oía el redoble de los tambores. Nos dirigimos á la iglesia acompañados de las autoridades civiles y militares; el intendente, el cónsul inglés, el comandante de la plaza y yo llevábamos bastones como los de los caciques, y los cuales consisten en un gran palo con un disforme puño de plata, muy parecidos á los de nuestros tambores mayores.

(4) Monguil es el cacique que atraído, segun dicen, por algunos chileños descontentos habia invadido las fronteras.

[Faint, illegible text block]

